

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 138

25 cts

9. OCTUBRE
1927



- PUES MIRA PINOCHO: A MÍ NO ME PARAN
EL AUTO LOS GUARDIAS, NI SE ME ACABA LA GASO-
LINA NI SE ME PINCHAN LOS NEUMÁTICOS.....

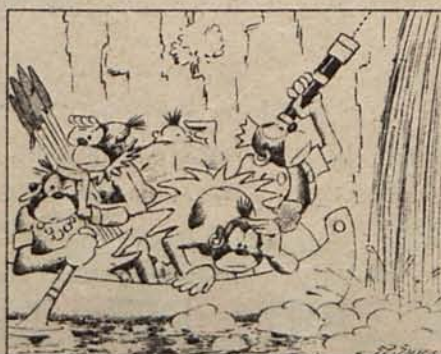
¿Y CÓMO ES ESO CURRINCHE?
¡PORQUE YO NO TENGO AUTO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL BISONTE NEGRO

CUENTO POR EMILIO SALGARI



AM Merry, fatigadísimo por una carrera a caballo que había durado catorce horas sin interrupción, extendía su gruesa manta de lana colocando la silla de montar a modo de almohada y disponíase a dormir de un tirón hasta la madrugada siguiente, en que reanudaría su marcha al despertar el día.

También parecía que O-Kue, el *Pájaro Nocturno*, batidor indio, a cuya cabaña había acudido a pedir hospitalidad, mostraba deseo de cerrar los ojos.

Después de haber dejado extinguir la lumbre casi por completo, se había tendido, a su vez, sobre una piel de cordero, dejando desvanecer en el aire las últimas bocanadas de humo de su *calennet* (1).

Por lo demás, no parecía amenazarles ningún peligro.

La inmensa pradera parecía desierta y casi silenciosa, puesto que no se oían más que de vez en cuando los lastimeros aullidos de unos pequeños lobos, que debían hallarse en las riberas del *Breek*, los cuales son inofensivos aun reunidos en grandes manadas, pues, por lo general, procuran alejarse de los hombres, sean de raza blanca o de color.

—Buenas noches —dijo Sam al compañero rojo—. Mañana te recompensaré por la hospitalidad que me has dispensado.

El indio, en vez de responderle, alzó al cielo la mano, manteniéndola horizontalmente durante unos segundos.

Sam, sorprendido por aquel gesto, se puso de rodillas y miró al indio, como interrogándole. Pero viendo que el otro no se decidía a abrir los ojos, y que parecía, en cambio, escuchar con gran atención, le preguntó algo extrañado:

—¿Qué te pasa, *Pájaro Nocturno*? ¿Te has quedado mudo o estás soñando?

—Escucha —respondió el indio.

—Sam aguzó el oído, pero no oyó nada.

Sin embargo, sabiendo que los indios poseen una sensibilidad de que carecen los blancos, miró nuevamente a su compañero, diciéndole:

—Si no te explicas mejor, O-Kue, me echo a dormir, pues desde las cuatro de la mañana estoy galopando detrás de los cuatro caballos que se han escapado de la yeguada de mi amo; y, a pesar de ser un buen jinete, no puedo más del cansancio que siento.

—Pues yo en tu lugar —respondió el indio— les dejaría en paz. ¿Qué significan cuatro caballos más o menos para tu amo, que los posee a milés? ¡Ni que se tratase de perseguir al *bisonte negro*!

—Pero crees tú, realmente —exclamó Sam—, en la existencia del famoso *bisonte negro*?

—Vaya si creo —contestó *Pájaro Nocturno*—. Yo le he visto tres veces y las tres le he seguido, sin lograr alcanzarle jamás. ¿Quién sabe si esta vez seré más afortunado? Un indio raza vez se equivoca, y ahora presiento que está por llegar.

—¿Y qué es lo que te lo hace presentir?

—Que mi hermano blanco acerque el oído al suelo y escuche —dijo *Pájaro Nocturno*—. Si eres un buen cazador, te convencerás de que no te engaño.

—Un *cow-boy* (1) es siempre buen cazador —respondió Sam.

Y diciendo esto, acercó el oído al suelo, manteniéndose un instante en aquella postura.

Al levantarse del suelo, reflejábanse en su semblante cierta inquietud.

—¿Qué es lo que ha oído el hermano blanco? —preguntó el indio.

—Un estruendo lejano —contestó Sam—, como de un río que se desborda invadiendo precipitadamente la verde llanura.

—Un río de carne —respondió el *Pájaro Nocturno*.

—Explicate mejor.

—Se trata de miles y miles de bisontes, que vienen de la parte septentrional, y estoy seguro de que con ellos viene el *bisonte negro*.

—¿Temes que nos arrollen?

—Mi hermano blanco puede tranquilizarse —dijo el indio— Todavía están muy lejos, y no llegarán hasta mañana. Esta noche se detendrán a descansar.

—Pero yo no me atrevo ya a dormir —contestó Sam—, pues me hará maldita la gracia despertar

bajo las patas de tales animalitos o ensartado en sus cuernos. ¡Ah! ¿Pero tú has visto, realmente, alguna vez al *bisonte negro*? Yo creí que era un cuento inventado por los cazadores de la pradera y por los indios.

Pájaro Nocturno permaneció entonces un instante callado, atizó después la lumbre, próxima a extinguirse del todo, y encendiendo de nuevo su pipa, dijo después de dar algunas chupadas:

—Tampoco yo creía en la leyenda del *bisonte negro*; y era que durante mi niñez ya había oído contar cosas extraordinarias sobre el famoso animal.

Desde hace muchos años, los cazadores de estos parajes contaban que a menudo habían visto un cuadrúpedo de estatura gigantesca, de piel negra y extremadamente brillante, que solía frecuentar la parte de la pradera en donde crecen tupidos grupos de árboles, y que iba guiando inmensos rebaños de bisontes.



(1) Pipa india.

(1) Mozo de las yeguas americanas.



Unos decían que al verlo le habían seguido en vano; otros negaban que aquel animal fantástico existiese realmente, y, por fin, había quien aseguraba que se trataba de un enorme oso negro, que intentaba perseguir a los bisontes, o que por circunstancias especiales se había agregado a ellos, simplemente.

Yo prestaba poca fe a tales comentarios, pues estaba convencido de que los bisontes negros no existen, sino únicamente los de color grisáceo. Pero un día tuve que rendirme a la evidencia, aunque a ti te parezca mentira.

Iba yo persiguiendo por el lado del río Aguador (1) una manada de antílopes rojos, cuando, al atravesar una torrentera, me encuentro, de pronto, ante un búfalo, cuyo color me sorprendió grandemente. Era una bestia enorme, de una belleza incomparable. Su piel era negrísima y reluciente, como la seda más pura, y ostentaba una cornamenta casi de a metro. Al verme se acercó unos pasos sin mostrar desconfianza alguna. El temor no lo sentía él, sino yo. Nos miramos mutuamente durante unos minutos, y, de repente, vi que se lanzaba dando un salto gigantesco, y cayendo en medio de espesos matorrales desapareció.

Yo me había quedado tan sorprendido por aquel encuentro inesperado, que ni siquiera se me había ocurrido hacer uso de mi fusil, y eso a pesar de haber oído decir que el que lograra apoderarse de la maravillosa piel de aquel bisonte sería el hombre más afortunado de estas tierras.

—Pues yo no hubiera dudado en hacer fuego, pasara lo que pasara —dijo Sam, dando fuertes chupadas a su cigarro para ver de ahuyentar el sueño, que a su pesar le invadía por momentos.

—Yo no me atreví, y tú no te hubieras atrevido tampoco a hacer uso del fusil; y además, ¿sabes lo que han dicho los ancianos de mi tribu?

—No, no lo sé —respondió Sam.

—Pues que en la piel del soberbio animal se halla escondido el espíritu del más valeroso jefe de la tribu de los Siux (2).

—Razón de más para matar al bisonte y cerciorarse de ello —dijo Sam riendo irónicamente—. Sea como sea, yo me consideraría muy dichoso si lograra dar con ese legendario bicho que todos los *ranchmen* (3) de estos contornos sueñan en capturar. Hasta mi amo ha ofrecido una crecida suma al afortunado cazador. Cincuenta mil dólares al que logre matarle.

—Pues no faltará ocasión para que nosotros intentemos ganar el premio —dijo *Pájaro Nocturno*.

—Si es cierto lo que dices, dejaré ir tranquilos a los cuatro caballos y me agarraré al rabo del *bisonte negro*. Veremos si consigo que me dé la suerte que tú me anuncias. ¿Estás seguro de que dicho animal se halla entre la manada de bisontes que has oído?

El indio, en vez de responder en seguida, se levantó, olfateó el aire y luego echóse al suelo y volvió a escuchar. Por fin dijo:

—Ensillemos nuestros caballos y salgamos de la tienda.

—Parece que te empeñas en no dejarme dormir.

—Los bisontes se acercan —respondió el indio—. Seguramente han descansado durante el día y ya no lo harán esta noche. Si tú quieres quedarte, puedes hacerlo; yo no te lo voy a impedir.

Sam, que desde la edad de catorce años vivía en las praderas del Oeste, no ignoraba lo que era el paso de un rebaño emigratorio de bisontes, y, por lo tanto, sabía a qué atenerse para pensar en quedarse allí.

Estos gigantescos rumiantes no son agresivos, más bien inofensivos del todo si se les deja en paz, y procuran evitar al hombre, de quien nada bueno pueden esperar y de quien tienen mucho que temer; pero cuando se determinan a emigrar se vuelven menos pacíficas y no toleran que se les oponga obstáculo alguno. Si hallan en su camino un poblado indio, arrollan tiendas y cabañas y hasta atacan los trenes que circulan por las vías que ellos atraviesan, obligándoles alguna vez a retroceder a toda máquina hasta la estación más inmediata.

¿Y quién se atrevería a hacer frente a aquella masa enorme de animales que marchan de frente en filas compactas e interminables.

Hoy, sin embargo, es muy raro hallar un rebaño tan grande, pues entre los cazadores americanos y los indios los han exterminado casi; pero hace cuarenta años (que es cuando ocurría esta verídica historia) todavía eran numerosísimos y se les veía desfilar a millares por aquellas praderas sin fin.

Pájaro Nocturno, que no deseaba hallarse al paso de aquellos colosos, se apresuró a desmontar su cónica tienda de piel de gamo, ató los palos unos con otros, recogió sus escasos enseres cargándolo todo sobre uno de sus caballos.

Sam, entretanto, había ensillado también su caballo tordo, hermosísimo animal de finos remos, como los de un ciervo, y de hermosa crin, y sacando del arzón su carabina y sus pistolas las iba revisando.

—¿Adónde vamos? —preguntó después al indio, que había ya montado.

—A una pequeña colina que se halla a un cuarto de milla de aquí y desde la cual podremos cerciorarnos bien si es el *bisonte negro* el que guía la manada. Además, allí nos hallaremos fuera de peligro.

—¿Es que tú también tienes interés en apoderarte del bisonte?

—Ya te he dicho que el que logre capturarlo habrá hecho su fortuna.

—¿Y en qué consistirá ella?

—Manitu (1) únicamente es quien puede saberlo. Los adivinos de nuestra tribu lo han afirmado así, y yo no dudo de que la gracia



(1) Un río de Arizona.

(2) Tribu india.

(3) Ganaderos.

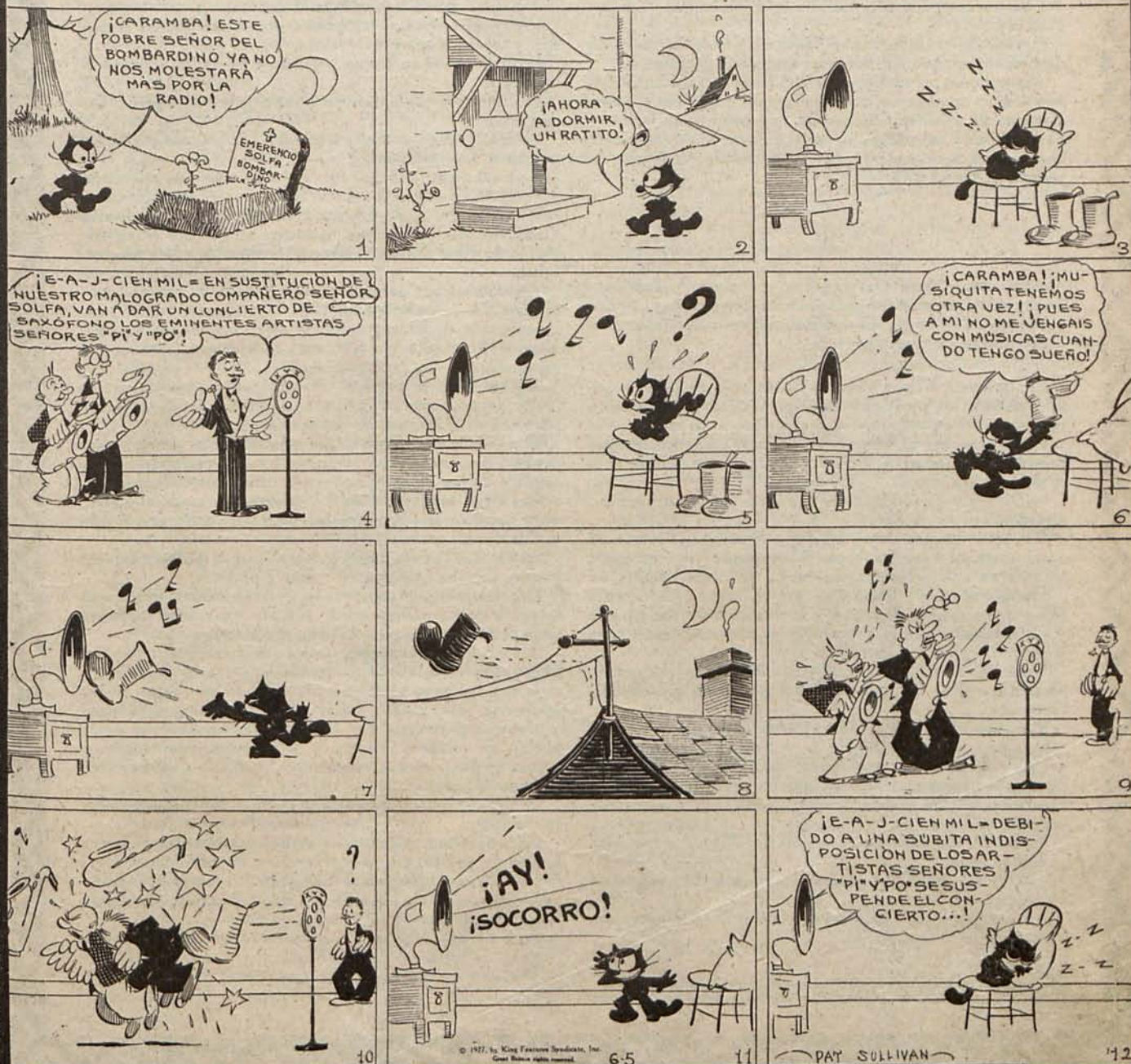
(1) Dios de los pieles rojas.

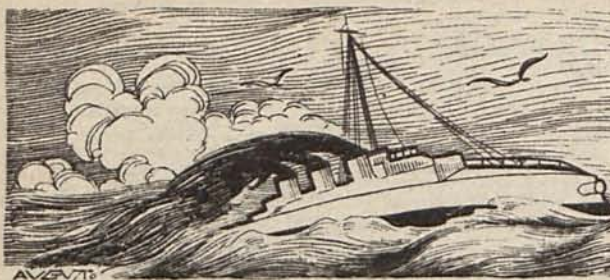
(Continuará en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





EL TORPEDERO DE PRESA

Dor A. M. GIANELLA

(Continuación.)

cortados, llegó el rumor de un altercado mezclado con el chocar de armas y el acento burlón de uno de los galeotes que gritaba:

—Toma, toma, bandido; vete a decir al gobernador que nos hemos escapado seis de la isla de Nou; ¡esto le amargará la fiesta!

Y mientras el torpedero se ponía en marcha, un estallido de diabólicas risotadas coronaron aquellas palabras.

Amigos míos, el hombre que recibía la extraña comisión, unida a un machetazo que le abría la frente, era el joven sargento de infantería de marina que poco después entraba en el salón del palacio colonial a anunciar, en medio de una general desolación, lo que había podido presenciar de aquella audaz evasión.

IV

Maldiciones.—Mand Campbell.—Persecución.—Averiguaciones del gobernador.—Una carta amenazadora.—¡Allí viene!—El relato de un marino.—¿Naufragio?—Las sospechas del secretario general.

El almirante Wilson quedóse frente a la ventana, inmóvil y pálido, los ojos desencajados, las manos contraídas, terriblemente callado en medio del silencio del salón.

Por fin recobró el dominio de sí mismo, llevóse la mano derecha, temblorosa, al rostro y la dejó caer rápidamente cual una masa pesada y sin vida.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbuceó—. Es un sueño..., ¡decidme que es un sueño!

Dió unos cuantos pasos, miró en torno, dirigió la mirada a sus oficiales, a los franceses, a las damas, y vió en todos los rostros una consternación tácita, dolorosa, impotente.

Sintióse entonces dominado por un ímpetu de rabia y frenesi; precipitose de nuevo a la ventana, y manteniendo el puño cerrado en alto, hacia el torpedero que huía a toda máquina, rugió furiosamente:

—¡Malditos!, ¡malditos!... Detenedlos... ¡Oh, es inútil!, ¡es inútil!... ¡Que la tempestad les sepulte en el fondo del Océano!

Y se mordió el índice hasta saltarle la sangre.

Una profunda piedad, ante la desesperación tan grande y visible de aquel anciano marino valeroso y desgraciado, oprimía los corazones de toda aquella gente indecisa y estupefacta ante el acontecimiento inesperado y altamente dramático.

Haciendo un esfuerzo el almirante Wilson recobró un poco de calma.

—¿Dónde está mi ayudante? —preguntó al comodoro de un crucero (1).

—Señor almirante, ha salido a dar las órdenes para embarcar —contestó el oficial.

—¡Ah, sí! Vámonos a bordo.

El comodoro, viendo al almirante más tranquilo, le dijo:

—Es preciso perseguir a los bandidos.

—¿Acaso podremos?

—Seguramente, forzando las máquinas.

—¡Ay! El torpedero es mucho más veloz que los cruceros, y les lleva una gran ventaja.

—Sí; pero es un barco pequeño y no podrá dominar la tormenta.

El almirante estremeciase ante lo justo de aquella observación.

—Quizá tenga razón —murmuró, dirigiéndose hacia la puerta—. Lo probaremos.

Junto al umbral, al volverse para saludar con una muda y ligera inclinación de cabeza a los huéspedes del gobernador, vió los ojos grandes y dulcisos de la señorita Campbell que le miraban fijamente, con afecto filial, brillando en ellos dos lágrimas que temblaban entre las pestañas.

Aquella mirada bondadosa, suave, llena de piadosa conmiseración, le puso un nudo en la garganta y llevó a su corazón una emoción grande, un deseo angustioso de desahogar libremente con el llanto toda la ira, el dolor y la desesperación que le angustiaban.

—¡Que Dios le proteja! —le dijo con voz temblorosa la joven, no pudiendo resistir a un extraño e invencible sentimiento—. ¡Rogaré al Señor por usted!

El almirante, dominado por una violenta emoción, no profirió palabra alguna, inclinose y salió precipitadamente seguido de los pocos oficiales que todavía le rodeaban.

Los otros habían salido del palacio, corriendo al muelle para embarcarse junto con los marineros y llegar a bordo de los dos cruceros.

En los dos barcos, desde la llegada de la primera embarcación, reinaba una agitación muy grande.

Los hombres que estaban de guardia habían creído que la salida del torpedero obedecía a una maniobra ordenada para ponerse en salvo del inminente huracán.

Por esto, ante las explicaciones que daban los recién llegados, prorrumpían en gritos de sorpresa y de furor; y todo era una gran agitación por activar los fuegos de las máquinas, levar anclas, soltar cables, revistar las baterías y preparar el armamento; un correr apresurado por acá y acullá; un cruzarse órdenes y contraórdenes; un continuo rumor de maldiciones, amenazas y blasfemias; en suma: un infierno completo.

La llegada del almirante y del comodoro restablecieron la disciplina.

En breves momentos todos estuvieron a bordo, y los dos barcos de guerra, con los reflectores encendido y los cañones dispuestos, seguidos del guardacostas francés como auxiliar, lanzáronse hacia lo desconocido a una problemática persecución.

Poco tiempo después el huracán estallaba furiosamente.

(1) Comodoro es un oficial general que sin tener el grado de almirante puede mandar una escuadra en las marinas inglesa, holandesa y americana.

A la mañana siguiente en toda Numea, entre sus habitantes, deportados y la guarnición nos se hablaba mas que del acontecimiento de la noche anterior.

Los reclusos disfrutaban pensando en los quebraderos de cabeza que aquella evasión extraordinaria procuraría a los del penal, y contemplaban a los guardianes con aire burlón que hacía apretar los puños y arrugar el entrecejo.

Los vigilantes, molestos por aquel aire, hacían funcionar el látigo y castigaban las más pequeñas infracciones del reglamento.

Había amanecido con un cielo limpio, cual inmenso globo de cristal azul que destacaba con el horror de poco antes, y el sol, al elevarse de la línea del horizonte, hacía brillar como espejos los techos de las casas, que aun gotteaban, y las anegadas calles.

Mucha gente había acudido al muelle y a la playa para disfrutar de la fresca temperatura y, sobre todo, para esperar el regreso del guardacosta que había seguido a los dos cruceros, y en medio del deseo de conocer el éxito de la persecución y lo que había podido pasar al barco francés, no tenían fin las conversaciones y comentarios acerca de las probables y molestas consecuencias que podía traer la cuestión, lo mismo al almirante inglés que a la dirección general de la Colonia.

El gobernador, gravemente preocupado, había ordenado abrir una investigación en la isla de Nou, después de haber arrestado a los dos pobres guardianes, yendo en persona al penal para comprobar la fuga y exigir responsabilidades.

Mientras registraban a presencia suya las seis camas de los evadidos, el secretario le entregó un pequeño sobre cerrado.

—¿Quién le ha dado esta carta? —preguntó el gobernador examinando las señas.

—Nadie.

—Entonces, ¿cómo ha llegado a sus manos?... No va dirigida a mí.

—La he encontrado encima de la cama del número 2.117.

—¡Ah! ¿De aquél?...

—Sí, señor gobernador; de aquel Rodolfo de Barenval a quien íbamos a honrar con nuestra confianza.

El gobernador meneó la cabeza y entregó la carta al director del penal de Nou que, poco distante, esperaba pálido y tembloroso.

—Lea —le dijo.

El pobre hombre cogió la carta, echóle una ojeada y dejó escapar una exclamación de asombro.

El sobre llevaba las siguientes señas:

A LA SEÑORITA MAUD CAMPBELL

—¡Qué atrevimiento! —murmuró—. Escribe a mi hija el muy bandido.

—¿Cómo se ha podido procurar lo preciso para escribir esta carta?

—¡Oh, señor gobernador! Nada más fácil. Frecuentaba ya las oficinas del penal.

—¿En calidad de qué?

—De escribiente suplente.

—Gravísimo error.

—Es verdad; pero ya sabe que esta es la costumbre para aquellos reclusos que poseen cierta cultura y se portan bien. ¿Quién podía imaginar lo sucedido?

—Basta; veamos qué dice la carta.

—Señor gobernador, esto es de su incumbencia.

—Venga.

El gobernador cogió de nuevo el sobre y lo abrió; la carta decía así:

«Señorita: En el momento de arriesgarme a mi empresa, que me puede costar la vida, pero que intento resueltamente para recobrar la libertad que la errónea justicia humana me ha quitado, quiero escribirle sin preocuparme de si mi acción parecerá atrevida o ridícula.

»¿A qué ocultarlo?

»La amo a usted; ha sido usted para mí un ángel custodio; su presencia me ha dado siempre fuerza para resistir y soportar tranquilamente el infierno de este lugar, que abandono con un sentimiento: el de alejarme de usted.

»Pero no para siempre; necesito de usted, Maud, la amo y será mía. Volveré, ¡oh, sí, ya lo verá!, volveré; pero no como condenado, sino como amo y señor, como un triunfador; estas palabras son un desafío a todo y a todos, y aunque tuviese que pasar toda la Nueva Caledonia a sangre y fuego, será usted mía.

»Adiós; no, hasta luego,

Rodolfo de Barenval.»

—¡Oh, infame bandido! —rugió el gobernador, no sabiendo si debía indignarse, reírse o asustarse por el romanticismo, la misteriosa amenaza y los fieros propósitos del fugitivo de Nou.

El padraastro de Maud Cambell leyó a su vez la carta.

—¡Está loco! —gritó rompiendo el papel.

Pero el gobernador se puso meditabundo de improviso.

—¿Quién sabe? —murmuró meneando la cabeza—. ¡Un hombre que ha sido capaz de hacer lo que él ha hecho!... Amigos míos, hay que esperararlo todo...

—¿Tiene miedo?

—Sí, no lo oculto.

—¡Dios mío!

—¿Qué piensa hacer?

—Destruir la carta y no hablar a nadie de ella.

—¡Malo! Debería advertir a la señorita Campbell.

—¿Por qué, señor gobernador?

—Para que esté en guardia. Aquel endiablado bandido es capaz de cumplir su promesa.

El director de Nou se puso pensativo.

—Quizá tenga usted razón.

—¡Vaya si la tengo! Velad, amigo mío, a menos que Dios no haya puesto remedio a todo.

—¿Cómo?

—Sepultando al torpedero y a sus bandidos en el fondo del mar.

Los ojos del director brillaron ante aquel rayo de esperanza.

—El cielo le oiga, señor gobernador.

Este hizo un gesto como diciendo que aquello sería lo mejor, y salió del penal, marchando al muelle para embarcarse en su rápido bote para regresar a Numea.

Llegó cuando la gente que estaba en la escollera gesticulaba animadamente, señalando al horizonte y gritando:

—¡Allí viene! ¡Allí viene!

El gobernador saltó a tierra, y subiéndose a la escollera mandó traer unos gemelos, con los cuales se puso a mirar hacia la inmensa superficie del océano.

Allá lejos, muy lejos descubriase una manchita negra que iba aumentando poco a poco, esparciendo en el azul suave y un poco dorado del cielo una ligera nubecilla oscura, visible por la transparencia del aire.

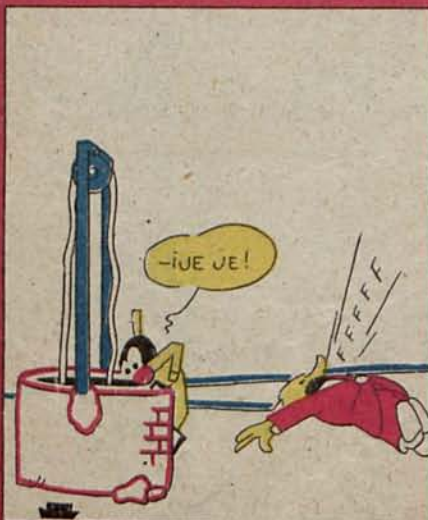
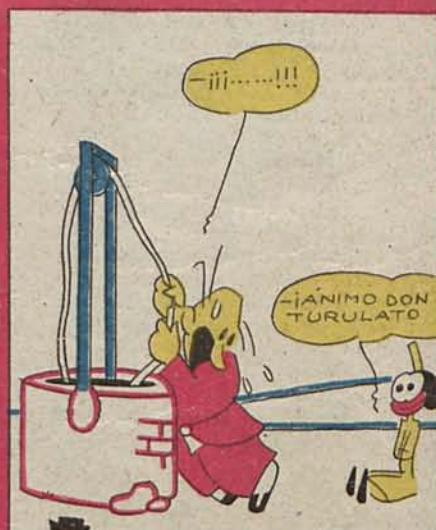
(Continuará en el número próximo.)

Leed en el próximo número el interesante episodio de Polito en la Ciudad de Oro





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

TESTIGOS CON ALAS

Cashillo



IBICO, el gran poeta griego, se dirigía a Corinto, famosa ciudad de la antigua Grecia, adonde concurrían miles de personas deseosas de presenciar unas célebres justas de canto.

Para llegar a su destino, Ibico tenía precisión de atravesar el espeso bosque de Poseidón, guarida de malhechores.

Como su bolsa (al fin poeta) estaba vacía, internóse sin temor en aquellas ocultas veredas que hacia Corinto encaminaban, sin más bagaje que su lira y sus ilusiones.

Pero, a la mitad del camino, salióle al encuentro dos facinerosos, que, sin parar mientes en la pobreza del joven, le acometieron.

Ibico resolvió defenderse y vender cara su vida; pero como su mano era más a propósito para pulsar la lira que para manejar las armas, el desdichado comprendió que tendría que sucumbir a mano de los asesinos.

En vano gritó pidiendo socorro; sus gritos repercutieron inútilmente en el bosque, sin que nadie acudiera a su llamamiento.

—¿No habrá —decía el poeta— quien presencie este crimen y os delate?

En aquel momento cruzaba por encima del bosque una bandada de grullas.

—Si —exclamó al verlas—; esas aves serán mis testigos.

Y en el preciso instante en que acababa de decir eso, cayó al suelo cubierto de heridas.

Pronto llegó a Poseidón la noticia de la muerte de Ibico, causando en todos los ánimos impresión dolorosa.

La gente, indignada, pedía a gritos la cabeza de los asesinos; pero en vano se buscó por todas partes el rastro de los criminales; éstos no parecieron.

Además, a Poseidón habían llegado por aquel mismo bosque algunos centenares de personas, y era imposible hallar cargo contra ninguna. Sólo Dios podía aclarar el misterio, y los criminales vivían descuidados, confiando en la impunidad.

Así las cosas, llegó el día solemne en que había de celebrarse ante el pueblo una de las ceremonias de la religión griega.

La gente llenaba los ámbitos del grandioso templo, que, como casi todos los de la Grecia pagana, estaba descubierto y rodeado de gradas para el público.

Comenzó la ceremonia en medio de un silencio sepulcral. Nadie hubiera dicho que estaban allí congregadas más de seis mil personas.

De pronto interrumpe el silencio un rumor que parece venir de las alturas, y, veloz, cruza por encima del descubierto templo una bandada de grullas.

Una voz, desde las gradas, dice:

—Oye, ésas son las grullas de Ibico.

Al silencio sustituye un murmullo de indignación. ¿Quién ha hablado de Ibico, del hijo de las Musas, cuya muerte llora toda Grecia?

Allí hay un misterio, y es preciso aclararlo; y la muchedumbre, con ese instinto de justicia que le caracteriza, se apodera del hombre que ha proferido aquellas palabras, imprudentemente escapadas de sus labios.

Se lo lleva ante los jueces, y el templo queda constituido en tribunal. Se le pregunta, y aun cuando niega, su palidez y su convulso temblor le delatan, y acaba por confesarlo todo. Su cómplice es detenido al pretender escaparse, y ambos son condenados a muerte.

*
**



He aquí otro caso ocurrido en los tiempos modernos y que, como el anterior, pone de manifiesto la poca seguridad con que viven los criminales y los medios indirectos e insospechados con que algunas veces los propios autores delatan sus delitos.

No hace muchos años, un vendedor de frutas valenciano asesinó vilmente a un compañero suyo en un monte próximo a la ciudad. Nadie presenció el crimen, y el asesino se ufanaba con la impunidad, cuando, al caer la víctima sobre una mata, saltó una liebre que allí se había refugiado.

—Es verdad —dijo el moribundo— que ninguna persona podrá decir que tú eres mi asesino; pero esa liebre te ha de denunciar.

Rióse el malvado, exclamando:

—Esa liebre caerá el día menos pensado en una cazuela de arroz; pero no temo que me acuse.



Cuando apareció el cadáver de Quico (así se llamaba el infeliz asesinado), la justicia hizo grandes esfuerzos para hallar al criminal; pero éste había tomado sus medidas, y nadie sospechó de él. Así pasó un año, vendiendo frutas en la plaza, hasta que un día se escapó una liebre de las manos de un vendedor y fué a refugiarse en la canasta de hortalizas del asesino. Cogióle a éste el suceso tan de improviso, que inmediatamente se le representó su crimen tal y como lo había realizado, y, sin poderse contener, exclamó:

—Esa es la liebre de Quico.

Como los demás vendedores estimaban mucho al muerto, al oír la exclamación se apresuraron a rodear el puesto del asesino. Con ellos se aproximó también el dueño de la liebre y rogó al vendedor de hortalizas que le devolviera el animalito. El asesino, al oír aquello, palideció aún más de lo que estaba, y todos se extrañaron de verle tan asustado ante la inofensiva liebre.

—Vaya, tío Sarmiento —repitió el otro—. ¿Quiere usted darme esa liebre que se ha metido en su canasta?

—No puedo, no puedo —repetía el tío Sarmiento—; esa es la liebre de Quico, que viene a denunciarme.

Quedaron atónitos los espectadores; mas, repuestos de su sorpresa, asediaron a preguntas al tío Sarmiento, hasta que éste confesó su crimen.

Del mercado le llevaron ante el juez, y allí se confirmó la declaración, siendo el asesino condenado a muerte.

El suceso fué muy comentado en toda España, y en él se vió clara la intervención divina, que no permite queden sin castigo los crímenes de los hombres.

**

Las grullas de Ibico y la liebre del valenciano asesinado no son, ni mucho menos, rarezas en la historia de los crímenes. Ocurre a veces que la presencia inesperada de un objeto perteneciente a la víctima produce en el asesino una impresión tan grande, que lo delata sin que lo pueda evitar.



Cuéntase de uno que, habiendo asesinado a un vecino suyo, muchos años hacía, sin que nadie hubiera sospechado de él, se turbó de tal manera al ver un día

al hijo del muerto, muy parecido a su padre, que creyó que su alma se le aparecía recordándole su delito.

Precisamente ocurría esto en día análogo al en que el crimen se cometiera, y el hijo del muerto, por rara coincidencia, vestía un traje igual al que llevaba su padre cuando pereció a manos de su asesino.

La impresión de éste fué tan extraordinaria, que, arrodillándose a los pies del joven y cruzando las manos convulsivamente, gritó:

—¡Perdón! Yo fui tu asesino; pero bien he pagado mi culpa, porque desde entonces no he vivido tranquilo ni un momento.

Sorprendido el joven por aquellas palabras, creyó al pronto que el antiguo vecino había perdido la razón; mas un rayo de luz iluminó su cerebro y comprendió la gravedad de lo que estaba pasando.

—Este —se dijo— es, sin duda, el asesino de mi padre.

Y convencido de ello se acercó al delincuente y le hizo confesar su crimen.

¡Qué pocos delitos quedan impunes en la tierra! Y si alguno queda sin expiación aparente, no es raro que, más tarde o más temprano, la preocupación del criminal haga que él mismo se delate, como ocurrió con el tío Sarmiento o con los asesinos de Ibico.

Bien dijo el poeta:

La conciencia a los malvados
castiga tan pronto y bien,
que hay muy pocos que no estén
dentro de su pecho ahorcados.

FIN

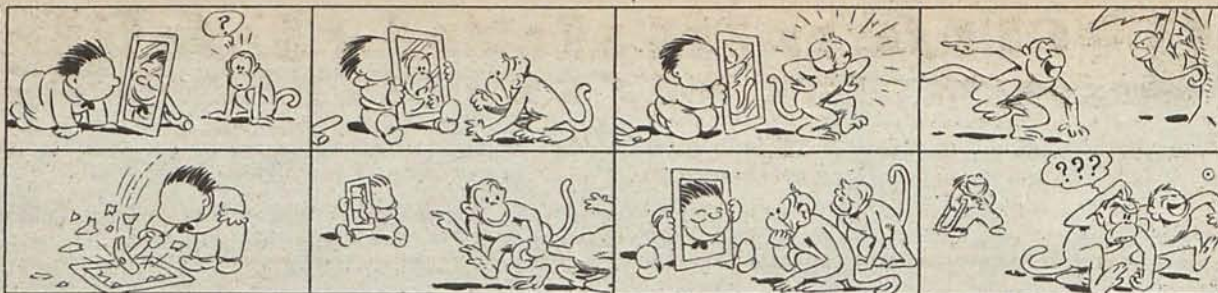


VALE por una rebaja
del 25 por ciento a favor
de mi amigo, el pinochista
Don.....

Pinocha

Todo Pinochista que
compre libros en la Edi-
torial «Saturnino
Calleja», S. A., ob-
tendrá, presentando este
vale, una rebaja del 25
por 100, o sea la cuarta
parte del precio, o sea
una peseta de ca-
da cuatro que impor-
te su pedido.

¿QUÉ PINOCHISTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Hoy vamos a charlar de un asunto que me parece que a ti va a hacerte muy poca gracia, querido buho. Si te desagrada el tema lo dejaremos y hablaremos de otra cosa.

—No sé a qué puedas referirte. Nada que sea motivo de tu curiosidad me es a mí desagradable.

—Ya lo sé; y por eso habrás visto que nunca vacilo en preguntarte todo lo que se me ocurre; pero es que en esta ocasión voy a promover un tema que yo creo que, a pesar de tu probado deseo por satisfacerme, no ha de serte grato. A nadie le gusta tener que hablar de sus enemigos.

—¿De mis enemigos? No sé a quien puedas referirte.

—Me refiero a las águilas, que yo creo que son los enemigos naturales de todas las aves.

—Sí que es verdad que ese tan enorme pajarraco me es desagradable. Su corpulencia, su instinto sanguinario, su poder, su vista, su superioridad, en fin, sobre todas las aves, la hacen temible y, por lo tanto, odiosa.

—Por algo la llaman el rey del espacio.

—Eso es injusto, Chonón. Será el rey del espacio por su ferocidad, por sus rapiñas, por sus terribles fechorías; pero nada más que por eso. Yo creo que hay cualidades más dignas de entronizar a un animal que las que acabo de decir.

—Tienes razón. Yo olvidaba que estaba hablando con un buho, todo bondad y sabiduría. Ya sabes que en otras ocasiones te he dicho que para mí, y seguramente para todos los niños que lean nuestras charlas, eres tú la más racional, la más culta, la más servicial y la más simpática de todas las aves. Si llega el momento de elegir rey entre todas ellas, cuenta desde luego con mi voto y con el de miles de pinochistas que conocen tu sabiduría.

—Gracias, Chonón; y gracias, queridos pinochistas.

—Reconozco contigo que sólo por su ferocidad merece el águila ese concepto de superioridad en que se la tiene. Pero debe de ser curiosa su vida, y esto es lo que yo deseo conocer.

—El águila es el león o el tigre del aire. Como estas fieras terrestres, es hambrienta y feroz. Es carnívora y no desprecia ni la carne putrefacta. Pertenece a la familia de los halcones, que, como sabes, son aves de rapiña.

—O sea aves que roban, ¿no es eso?

—Tú lo has dicho. Si hubiera una cárcel para las aves delincuentes, estaría llena de estos pajarracos.

—Oye, ¿y no habría también muchos buhos? Te digo esto, claro que no por ti, sino por los demás buhos, que al fin y al cabo también son aves rapaces.

—Bueno, bueno; ¿pero vamos a hablar de los buhos o de las águilas?

—De las águilas. Perdona mi interrupción y no te enfades.

—Las águilas de mayor tamaño son las marinas, que viven en el norte y noroeste de Europa. Algunas de ellas llegan a alcanzar una longitud de cerca de tres metros de una extremidad a otra de las alas y cerca de metro y medio desde el pico a la punta de la cola. Su peso llega a los doce kilos.

—¿Y por qué la llaman marina?

—Porque además de alimentarse de pájaros y pequeños cuadrúpedos, gusta también comer peces.

—Se tendrá que meter en el agua para cogerlos.

—No es preciso. Su vista, que es maravillosa, le permite ver desde mucha altura los peces que nadan cerca de la superficie del agua, y en cuanto descubre uno, se lanza sobre él y lo aprisiona con sus garras.

—Claro que sólo se atreverá con peces pequeños.

—No lo creas. Ha habido ocasiones de matar a zarpazos atunes y salmones de tal tamaño, que luego no han podido elevarlos por el aire.

—Siempre escogen para anidar sitios muy altos y escarpados, a los que el hombre no puede llegar si no es con el auxilio de cuerdas, y, desde luego, cuando en el nido no esté la madre, porque ésta cuida de sus hijuelos más que de la vida propia, y es ferocísima defendiendo a sus crías.

—Entonces el águila es también una buena madre. Oye, ¿no has oído hablar de unas águilas doradas?

—Claro que sí. Son una variedad de águilas que se llaman así porque la extremidad de sus plumas parece dorada con purpura, lo que da al animal un aspecto bello y rico a la vez. Estas plumas las utilizan los indios americanos para adornarse.

—Entonces las perseguirán mucho.

—Tanto, que escasean notablemente, y sólo quedan pocos ejemplares en aquellos sitios donde al hombre le es imposible llegar.

—Si que es interesante el águila. Tú mismo has declarado que es poderosa, bella, temible, rapaz y decidida; luego yo creo que casi está bien llamarla el rey del espacio.

—La puedes llamar como tú quieras. Hoy has venido con ganas de enfadarme, Chonón; pero no lo vas a conseguir.

—¿Ni tanto así?

—Ni tanto así.

—Ya veo que tienes mucha, mucha correa. Bueno; pues sabiendo que no te enfadas, me voy tranquilo. Adiós, querido buho.

—Adiós, querido Chonón.

¿QUÉ PINOCHISTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

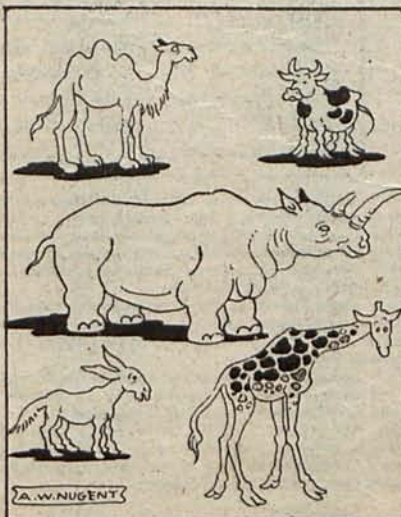
LA ALQUERÍA



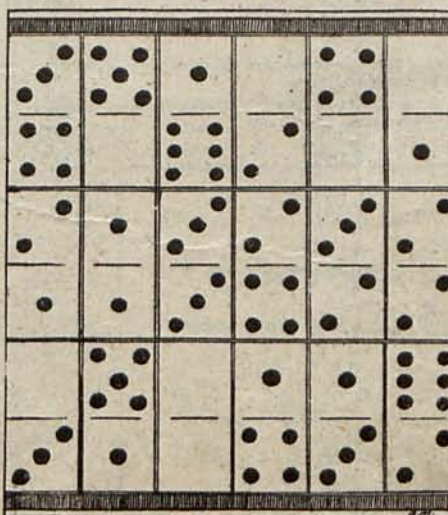
Desgraciadamente, el tío Quirico, se dejó aquel día abierta la puerta de la cuadra y los caballos se escaparon. El herrador tampoco estaba, y cuando volvió el tío Quirico se encontró sin sus hermosos caballos. ¡Pobre tío Quirico! ¿Sabréis vosotros encontrar los caballos?

DIBUJO CON ERRORES

Hoy sí que los vais a hallar en seguida. Cinco son los errores que hay en este dibujo. Un error en cada animal. Como son tan poquitos y tan sencillos, perdonadme que no os ponga ninguno como ejemplo, pues a poco que os fijéis los encontraréis.



PROBLEMA DE DOMINÓ



Aquí tenéis un cuadrado con fichas de dominó. Sumando los puntos en sentido vertical u horizontal o diagonal el resultado es trece. Vosotros me tenéis que enviar un cuadrado, también hecho con fichas de dominó, pero que las columnas sumen dieciocho.

GRAN SORTEO DE NAVIDAD DE 1927 PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Primer premio... Un «auto» Citroen.

Segundo premio. Una gran bicicleta.

Tercer premio... Doscientas pesetas en dinero.

Cuarto premio.. Un baúl «trousseau» de muñeca.

Quinto premio.. Cien pesetas en dinero.

CONDICIONES PARA TOMAR PARTE EN ESTE SORTEO

1.ª Hemos publicado dieciséis cupones para este sorteo. Estos cupones se recortarán y se pegarán en su sitio correspondiente en la plantilla que publicamos en la página siguiente.

2.ª También se puede mandar la plantilla aunque no se conserven todos los cupones o aunque se tenga solamente algunos. En este caso se enviará la plantilla y, además, tantos sellos de a real (veinticinco céntimos) como cupones falten. **Estos sellos no deben nunca pegarse a la plantilla. Los sellos que vengán pegados no tendrán ningún valor.**

Ejemplos: Tienes dieciséis cupones; pues los pegas a la plantilla y la envías sin añadir ningún dinero en sellos. Tienes diez cupones; pues los pegas y añades seis reales en sellos para sustituir los seis cupones que te faltan. No tienes ningún cupón; pues tendrás que enviar dieciséis reales en sellos con la plantilla.

Cuando con la plantilla venga dinero en sellos es NECESARIO certificar la carta. No será válida ninguna plantilla que traiga dinero en sellos y venga sin certificar.

3.ª En la plantilla hay un espacio de cinco casillas como éste

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

en el cual debe escribirse un número de los que entran en el sorteo de la lotería de Navidad, o sea del 1 al 60.000. Cada cifra se escribirá claramente en una casilla. Así, por ejemplo, si se elige el número 59.863 se escribirá así:

NÚMERO ELEGIDO

5	9	8	6	3
---	---	---	---	---

4.ª Se escribirá también, en el sitio reservado para ello en la plantilla, el nombre y dirección completa del Pinochista remitente.

5.ª Una vez hecho todo esto, se meterá en un sobre la plantilla y se escribirá en el sobre, con letra clara, la dirección en esta forma:

A Pinocho
(Para el Sorteo de regalos)

Madrid
Apartado 447

En la otra cara del sobre se escribirá lo siguiente:

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

REMITENTE

Apellidos

Nombre

Población

Calle, núm.

Provincia

De modo que el sobre deberá quedar en esta forma:
Por el anverso (o derecho), así:

A Pinocho
(Para el Sorteo de regalos)
Madrid
Apartado 447

y por el reverso (dorso o revés), así (por ejemplo):

Número elegido

0	2	7	4	4
---	---	---	---	---

Remitente

Apellidos = Gómez de la Torre

Nombre = Clodomiro

Población = La Higuera

Calle = del Casino-n.º 7

Provincia = Ovila

6.ª Entrarán en sorteo todas las plantillas que recibamos completas (es decir, con dieciséis cupones o con un real en sellos por cada cupón que falte) antes del 10 de diciembre de 1927. Las que por cualquier causa lleguen después del 10 de diciembre no entrarán en sorteo aunque sean de América.

7.ª Tampoco entrarán en sorteo las plantillas que recibamos sin ajustarse estrictamente a estas condiciones.

8.ª Cada Pinochista puede enviar tantas plantillas como quiera, poniendo en cada una un número diferente; pero todas han de venir con los cupones o, en su defecto, con el importe correspondiente a razón de veinticinco céntimos en sellos por cada cupón.

9.ª Los premios serán, respectivamente, para aquellos que hayan elegido los números más aproximados a los de los premios primero al quinto, ambos inclusive, del sorteo de la Lotería Nacional del 22 de diciembre de 1927.

10 El tomar parte en este sorteo implica la aceptación de todas sus condiciones y la sumisión a la autoridad única e inapelable de PINOCHO para cualquier caso de duda, discrepancia o imprevisto, así como la renuncia a toda clase de reclamaciones por cualquier concepto.

PLANTILLA remitida por

D.

Población

Calle núm.

Provincia

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1. Aquí se pega el	Cupón número 2. Aquí se pega el	Cupón número 3. Aquí se pega el	Cupón número 4. Aquí se pega el
Cupón número 5. Aquí se pega el	Cupón número 6. Aquí se pega el	Cupón número 7. Aquí se pega el	Cupón número 8. Aquí se pega el
Cupón número 9. Aquí se pega el	Cupón número 10. Aquí se pega el	Cupón número 11. Aquí se pega el	Cupón número 12. Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.



SECCIÓN PIRULA

**CHARLAS DE
PIRULA**

El príncipe aburrido y los peces de colores.—¡Qué pena me da oír esas palabras que acabas de pronunciar, Luisita! Has dicho:

«Me aburro». No lo repitas, por Dios, que quien te oiga va a creer —y con razón, aunque no sea verdad— que eres una tontona.

¡Ah! ¿Pero tú ignorabas que los niños inteligentes no se aburren nunca? Pues así es; y para demostrarte que el aburrimiento es tan sólo falta de reflexión, te voy a contar un cuento.

En un lejano y bello país de Oriente reinaba un sultán que tenía un hijo llamado Ali.

Este principito tenía, ¿cómo no?, todas las distracciones que pueda soñar la imaginación de un niño.

Tenía salones y más salones llenos de juguetes. ¡Y qué juguetes! En fin, prefiero no enumerarlos ni describirlos, porque si lo hiciera, todos los juguetes que te regalan el día de tu santo, y todos los que te traen los Reyes, y todos los que puedas ver en tiendas y bazares, te iban a parecer luego feos y pobretones. ¡Figúrate!

Los juguetes eran lo de menos; en sus propias habitaciones tenía instalado Ali un magnífico «cine», en el cual podía, a voluntad, reír con las gracias de Charlot, entusiasmarse con las hazañas de Tom Mix o de Douglas Fairbank y conmovirse con las desdichas de la dulce Mary Pickford.

Además, el sultán tenía a sueldo en su palacio al hombre más ingenioso de su país, exclusivamente para que le contara cuentos y le dijera chistes a Su Alteza.

Y, por último, le bastaba al principito con dar una orden para que acudiesen actores, clowns, bailarines, malabaristas, etcétera..., y le ofreciesen funciones amenísimas de teatro o de circo. ¡Si estaría entretenido el tal Ali! Pues, no, señora, que no lo estaba: Ali se aburría, y el sultán se desesperaba con esto de tener un hijo tan «sosaina», según decía en su idioma, y estaba harto ya de prometer fortunas a quien inventase para el príncipe una vacuna «aburrida» o algo así. Por fin, un día apareció en palacio un señor que tenía todas las trazas de ser un sabio; al presentarse ante el soberano, se quitó el gorro que le cubría la cabeza, cruzó los brazos sobre su pecho y se inclinó, tocando el suelo con la punta de la nariz, por tres veces, según es costumbre en aquel país oriental. Luego dijo:

—Señor, yo me comprometo a enseñar a Su Alteza el príncipe Ali a no aburrirse nunca.

—¿Cómo? —preguntó el sultán.

—Ese es mi secreto.

—Fracasarás, te lo advierto.

¡Más que he hecho yo!

—Señor, me permito decir que cuanto ha hecho Vuestra

Majestad para distraer al príncipe sólo servía para enseñarle el arte triste del aburrimiento; yo, en cambio, le inculcaré la divina ciencia de la distracción. Sólo exijo que se me entregue el príncipe y tenerle un día entero en mi casa a mi discreción.

—Concedido —dijo el sultán.

Y el desconocido misterioso se llevó al príncipe.

Ya en su casa, el sabio condujo al príncipe a una habitación enteramente vacía; lo único que había allí era, en el centro, un bocal de cristal lleno de agua, en el cual nadaba un pez colorado.

—Dentro de una hora —dijo el sabio al niño— volveré por ti y me contarás cuanto hayas visto.

Salió y cerró la puerta con llave.

Cuando volvió a entrar, al cabo de una hora, halló al príncipe vuelto de cara a la pared y sumamente malhumorado.

—¿Qué has visto? —le preguntó.

—¿Y qué he de ver, si aquí no hay nada? —exclamó Ali indignado—. He visto un bocal con un pez encarnado; nada más.

—Volveré dentro de tres horas; de aquí a entonces puede que sepas ver mejor.

Cuando volvió a abrirse la puerta, Ali estaba lleno de cólera y lloraba y pataleaba en un rincón.

—¿Tampoco has visto nada?

—¡Claro que no! Me he aburrido y quiero salir de aquí.

—Saldrás si dentro de seis horas me sabes decir lo que hay que ver en esta habitación.

Esta vez, al quedarse solo, el príncipe reflexionó: «No voy a tener más remedio —pensó— que ver algo donde nada hay que ver; de lo contrario, ese hombre antipático es capaz de dejarme aquí

todo el día. Se acercó al bocal y se puso a contemplar el pez con detenimiento. Cuando, transcurridas seis horas, el sabio tornó a abrir la puerta, Ali se volvió hacia él y se puso un dedo sobre los labios:

—¡Chssss! —dijo—. ¡Calla, déjame! Aún no he acabado de ver...

Estaba curado. Había comprendido que el hombre inteligente —y el niño igual— no se aburre nunca, con tal de que sepa ver y observar las cosas que le rodean.

¿Que qué fué lo que vió en el bocal? Nada más que un pececillo encarnado, y, sin embargo, ¡a cuantas observaciones y reflexiones no se prestaría aquel pequeño espectáculo! Imita a Ali, amigueta Luisa, y te pasará lo mismo, te lo aseguro.

Yo también tengo un bocal así, y entre las infinitas cosas que me ha sugerido su contemplación está la idea de transformarlo en lámpara para mis Pirulindas.

Si queréis realizarla, os bastará con enseñar el adjunto grabado a un pantallero, y él os hará y os colocará la armadura de la pantalla.

Claro está que la forma de esta pantalla puede variarse hasta el infinito..., como hasta el infinito variarán vuestras reflexiones mientras contempléis las evoluciones en el agua de los «peces de colores», de los cuales no nos reiremos, porque es más divertido aún echarles miguitas de pan.

